

**CUENTO N° 230**

**TÍTULO: AUSENCIA**

**SEUDÓNIMO: BIBABARDE**

**AUTOR: FELIPE ALEJANDRO VALDÉS BUDGE**

## AUSENCIA

Debió estar al fondo, en algún cajón, en medio de todos esos papeles que perdieron hace tanto tiempo todo sentido, tan inútiles que ya nadie haría el esfuerzo para deshacerse de ellos. Para qué. Papeles amarillentos, resecos, con débiles trazos celestes, irreconocibles garabatos de lo que alguna vez fue una buena letra manuscrita. La escritura a mano, con esa vieja lapicera y esa tinta azul brillante era la forma de congelar las ráfagas del turbulento viento creativo. El ya imperceptible ruido roce del metal pulido sobre el áspero papel, el placer de la idea de escribir y del proceso mismo, indistinguibles en jerarquía en medio de la confusión general que comenzaba a obscurecerlo todo.

En el fondo de uno de los cajones, pero cuál?

Todas las hojas de tamaño idéntico pero no convencional, 12 x 19,4 cms para escribir en disposición horizontal, donde escribía sin otra guía que una línea imaginaria que se adelantaba 2cms de la escritura, y se iba borrando a sí misma inmediatamente de terminado el trazo.

Meticulosamente dividida en casillas de 12,5 x 7,7 cms de altura y 19,5 cms de profundidad, un estante de madera noble recibía cada documento codificado con tres letras y un número de siete dígitos en el vértice inferior derecho. En el tablón inferior de cada casilla, una pieza de bronce pulido alojaba una tirita de papel grueso y satinado de al menos 160 g/m<sup>2</sup>, aún legible, por la protección de una mica que se deslizaba por un costado del herraje de bronce, conjuntamente con el trozo de papel.

La mica y el papel fueron cuidadosamente recortados. En el mesón lateral se encontró una guillotina bien afilada. Cada papel tenía, también manuscrito, un código de dos letras y cinco números.

Al fondo de algún cajón debía estar el cuaderno. Seguramente tendría una tapa dura marmoleada y contener el listado escrito con la misma pluma, quizá en diferente color, el listado que sería la clave para comprender el orden. Debería haber un cuaderno, y tendría tapa gruesa de cartón piedra forrado con papel marmoleado, lomo de género negro y seguramente una etiqueta. Pudieron ser varios cuadernos, en virtud de la gran cantidad de casilleros y papeles.

El enorme estante podría haberse parecido al mueble que habitualmente recibe la correspondencia y las llaves tras mesón de recepción de un hotel antiguo, pero este mueble que, salvo en baño y cocina, cubría todos los muros del departamento, interrumpiéndose solo en el rasgo de puertas y ventanas y dejando un zócalo con puertas un poco más ancho desde el piso hasta la altura de 85 cms.

57 metros lineales de estantería en el antiguo departamento de 130 m<sup>2</sup> dos dormitorios y una pequeña terraza. En total, tres mil setecientas casillas, cada casilla tenía capacidad para casi 500 hojas, pero estaban ocupadas con cantidades variables de hojas, y algunas estaban vacías y sin codificar. Algunas servían para ubicar resmas de papel en blanco, que seguramente se mandaban a hacer especialmente.

Varios años antes, cuando el viento abrió la primera ventana, unas pocas fichas fueron arrancadas de sus casillas, y quedaron esparcidas sobre el polvo que cubría fino parquet del living. Cada día de viento en la ciudad removía algunos papeles, los hacía bailar lejos de su cárcel y los dejaba caer en silencio hasta reposar, libres de todo orden, en el suelo.

La tinta se desvaneció lentamente hasta hacerse ilegible en el papel amarillento, el orden se perdió con cada ráfaga de viento, y el cuaderno imaginario que hubiese permitido recuperar el orden y quizá descifrarlo todo, nunca fue encontrado.

////////////////////////////////////